

LA CEREMONIA OLÍMPICA

Simbolismos para un proyecto ideológico

Conrado Durantez

Se entiende por ceremonia el conjunto de actos reglamentados y solemnes que acompañan a las actuaciones humanas de gran transcendencia, o, también toda acción o acto exterior arreglado por ley, estatuto o costumbre para dar culto a las cosas divinas o reverencia y honor a las humanas.

El transcurso del tiempo que ha ido dando paso del mundo antiguo al nuestro moderno, ha ido operando de una forma restrictiva en lo que a extensión e importancia de los actos ceremoniosos se refiere. Siglos atrás no se concebía un acontecimiento de mediana importancia sin que este fuera acompañado de un formulismo previamente establecido y reglamentado para la actuación en particular, máxime, cuando el acto en especial poseía transcendencia y rango de primer orden. Hoy día, a pesar de la influencia mutiladora con que nuestra cultura actual ha operado sobre formulismos pretéritos, subsisten, sin embargo, diversas reminiscencias de otros tiempos dispersas estas en una serie de actos de la vida cotidiana, a los que la ceremonia contribuye a dar transcendencia y categoría. Tales son estos, el protocolo de la corte, el protocolo diplomático, la distribución por categorías y asientos, el orden en los discursos, etc. Otro tipo de ceremonias se ha venido conservando como símbolo vivo tradicional en algunos países, tales como la ceremonia del té y el arte de colocar las flores en el Japón.

En el mundo deportivo, se establecen y realizan a cada momento diversas ceremonias con ocasión de la apertura solemne de las competiciones: el saludo de los esgrimidores, las formalidades del comienzo y fin de juego, los saludos recíprocos, los apretones de manos, el cambio de banderines y emblemas, etc., etc. En Japón, país en el que la vida discurre entre

ceremonias, las relativas a los juegos y deportes poseen una importancia capital. En sus aganes tradicionales como el Kyudo (tiro con arco), el Judo, el Sumo (lucha), el Kendo (esgrima con sable), la ceremonia viene a constituir un acto de preparación, destinado a obtener una buena disposición del espíritu, una serenidad interior y una ayuda al abandono de sí mismo polarizado en una mejor concentración del ejecutante?

Los Juegos Olímpicos en sus dos versiones, antigua y moderna, han estado sometidos en las fases de apertura, desarrollo y clausura, a fórmulas tradicionales ceremoniosas de particular esplendor.

La idea de todo lo ceremonial está íntimamente enlazada con la de rito, y éste, viene a constituir un "aparecer" o expresar lo que constituye lo religioso. Las ceremonias olímpicas de los primeros Juegos venían a tener por tanto un verdadero carácter ritual, ya que los concursos deportivos que integraban las Olimpiadas de entonces se celebraban en honor a Zeus, el venerado padre de dioses y hombres. Las funciones directoras que en aquellas actuaciones desempeñaban los sacerdotes, venían a confirmar y contrastar el sabor predominantemente religioso en el que los Juegos se desarrollaban.

Los Juegos Olímpicos modernos han cambiado la esencia misma de su naturaleza. Ya no son festividades que nacen por un motivo religioso. En su resucitar actual se han convertido en batallas campales de paz, en un lazo aglutinante de amistad y compañerismo de la juventud universal que celebra su asamblea universal cada cuatro años.

Pese a su cambio de signo, los Juegos modernos se vienen desarrollando, en su dimensión profana, como actuaciones sometidas a un especial y estricto ceremonial Pierre de Coubertin, su restaurador, agudo historiador perspicaz sociólogo, no ignoraba la importancia que las ceremonias olímpicas habían de tener en la futura orientación de la esencia y sentido de los Juegos. De ahí su constante empeño para mantenerlos y perfeccionarlos en lo posible sobre su dimensión estética. Sabía de sobra que el conjunto de las ceremonias olímpicas que habían de acompañar a los Juegos servía para diferenciarlos a estos de los demás campeonatos de mayor o menor transcendencia internacional. De ahí su machacona insistencia para hacer constar que a los Juegos Olímpicos "no se les puede considerar como una adición de diversas competiciones deportivas; no son ni mucho menos simples campeonatos mundiales, son más bien una *fiesta* (...). Fiesta de es-

fuerzos apasionados, de ambiciones múltiples, integradas en las diversas formas de la actividad juvenil que pertenece a cada generación que aparece en el umbral de la vida".

Es por ello que los Juegos Olímpicos no se deben preocupar preferentemente de sobrepasar las cimas de la capacidad física del hombre, sino más bien del desenvolvimiento de la forma y la belleza con ocasión de la fiesta (Carl Diem).

Coubertin y Diem buscan fiesta y celebración dentro de una excitante emulación. Buscaron símbolos modernos bajo los que integrar el mutuo acuerdo de los pueblos, modularon los Juegos Olímpicos como un elemento capital de la cultura moderna.

"Este mundo nuevo exige hombres nuevos, que deben estar formados como consecuencia en una educación también nueva" (Carl Diem). El desenvolvimiento ceremonioso tiene aquí pues, una significación profundamente pedagógica cual es la de integrar a la humanidad y educarla dentro de la actividad del juego, desarrollando en ella el sentido a la estima de la vida en común. Pierre de Coubertin estudió y defendió entusiásticamente la forma solemne, camino recto, directo y necesario para la consecución de una verdadera "pedagogía deportiva": el desfile, la fórmula de apertura, los coros, el vuelo de las palomas, las salvas..., todo este prestigioso ceremonial por el que se comenzaba, después de los Juegos de Estocolmo, expresaba y confirmaba hasta qué punto se volvía a encontrar intacto el olimpismo después de la tormenta, así de como los laureles continuaban siendo el principal objetivo del espíritu de la juventud, sobre cualquier otro tipo de ambiciones deportivas."⁴

Carl Diem, trasplantador y mantenedor en nuestros últimos tiempos de las ideas coubertinianas, ahonda en el mismo sentido, llegando en su progresión a considerar las ceremonias olímpicas como una manifestación colosal de sentido cuasi religioso. "Por encima del moderno acontecimiento de los Juegos Olímpicos, se presiente el efecto mágico de una vieja historia y de una divinidad (...). Todo lo festivo que en los Juegos se introduce: voltear de campanas, música, desfiles brillantes, cánticos corales, discursos, juramento, banderas, vuelo de palomas, antorcha, simboliza, sin imitarlo, una consagración equivalente a una fiesta religiosa, productora de una profunda emoción, comparable, sin duda, a la de una ceremonia religiosa" (Carl Diem).

Las principales solemnidades y actos simbólicos que acompañan a las Olimpiadas, los podemos rea-

grupar en las siguientes clases:

1. El juramento olímpico y la imposición de coronas a los vencedores, que constituyen actos ceremoniales individuales.
2. La suelta de palomas y el himno Olímpico, que se consideran como símbolos olímpicos simples.
3. Los Aros olímpicos y el relevo de la Antorcha Olímpica, símbolos olímpicos también con los que se expresa la unión de la juventud universal a través de la idea olímpica.
4. Ceremonias de apertura y Ceremonia de clausura, solemnidades ambas de participación colectiva.

El juramento olímpico

La prestación del juramento olímpico se remonta a la época de los Juegos de Olimpia. En ellos y durante el primer día de la fiesta, se reunían todos los participantes en el Buleuterion después de haber procedido a ofrecer diversos sacrificios a los dioses. Delante de la estatua de Zeus Horkios (Zeus vengador) y con el brazo derecho extendido hacia él, prestaban juramento solemne de acatar y guardar las normas de los juegos, así como la de reunir las exigidas condiciones de ser griegos libres, no buscados, ni perseguidos como reos de asesinato o sacrilegio.

En las Olimpiadas modernas se sigue conservando esta práctica ceremoniosa de la prestación del juramento olímpico, si bien, con relación a su manifestación antigua, ha cambiado de extensión y significado. En efecto, en nuestros días, el juramento queda reducido, en su ámbito, únicamente a los atletas actuantes, y por otra parte con él, aquellos se limitan a hacer constar pública y solemnemente su condición de amateurs.

El fantasma del profesionalismo vuelve a acechar hoy día con redoblado peligro a la vitalidad histórica y esencial pureza de la idea olímpica. Su presencia perturbadora en nuestra época moderna no pasó desapercibida a Coubertin, el cual, en el famoso Congreso del 23 de Junio de 1894 sobre la restauración de los Juegos Olímpicos, había hecho incluir como primer punto del programa a debatir el referente a la "Definición del amateurismo", y esto es significativo, ya que la moción referente a la "Posibilidad de una restauración de los Juegos Olímpicos" figuraba en octavo lugar. El ilustre y benemérito restaurador había condicionado, desde aquel momento inicial, la posible restauración de los Juegos a su necesaria inclusión dentro de un marco del más estricto y puro amateurismo, no ignorando, como buen historiador deportivo, que el profesionalismo había sido el factor determinante del desmoronamiento de las antiguas olimpiadas.

El desarrollo de los acontecimientos vino a dar la razón a Coubertin, y habían tenido lugar solamente tres olimpiadas cuando, confirmando sus temores respecto a la nefasta influencia profesional, expresa a Carlos Simón, en una carta escrita en Julio de 1906, la necesidad de tomar alguna medida contra la degeneración creciente del deporte, el mandarinato de botones, el repugnante esnobismo, la mentira habitual y el ánimo de lucro. "Las Olimpiadas de la Antigüedad —continúa— tenían tres características: eran periódicas, artísticas y religiosas; dos de estas condiciones se han cumplido por los modernos Juegos: la celebración periódica y la renovación de los lazos entre el deporte y el arte. Queda por escalar todavía la tercera muralla, la más alta y menos accesible. Pero es preciso que antes de nada me explique sobre este término: religioso, que tiene aquí una significación particular. La verdadera religión del atleta antiguo (...) consistía en prestar un juramento de lealtad y de desinterés y, sobre todo, e esforzarse en cumplirlo estrictamente (...). Es preciso volver a alguna situación parecida (...). Por una parte, adoptar una definición más inteligente, completa y sobre todo más exacta del *amateur*. De otra el restablecimiento de un juramento previo. Por ahí se introducirá en los deportes modernos el espíritu de franca alegría, el espíritu de desinterés 'sincero que nos renovará y hará del ejercicio muscular colectivo una verdadera escuela de perfeccionamiento moral'".

El juramento olímpico en los modernos Juegos fue pronunciado por primera vez en Amberes por Víctor Boin, cuarto clasificado en espada individual en los Juegos de Estocolmo de 1912, y posteriormente Presidente del Comité Olímpico Belga. La fórmula del juramento quedó redactada como sigue: "Juramos que nos presentamos a los Juegos Olímpicos en competencia leal, acatando los reglamentos que los rigen, y deseosos de participar con un espíritu caballeresco por el honor de nuestros países y la gloria del deporte."

Un participante de la nación invitante pronuncia el juramento de viva voz, mientras que los otros participantes se unen a él manteniendo el brazo derecho levantado. El participante que pronuncia el juramento mantiene la bandera de su país, mientras que las banderas de los otros países, dispuestas en semicírculo, se inclinan.

En 1961, la fórmula del juramento se modificó, constituyendo una "promesa", al mismo tiempo que el "honor de la patria" era reemplazado por el "honor del equipo": "En nombre de todos los concurrentes, yo prometo que nos presentamos a

los Juegos Olímpicos en competencia leal, acatando los reglamentos que los rigen y deseosos de participar con un espíritu caballeresco por la gloria del deporte y el honor de nuestros equipos." Juramento olímpico, o promesa olímpica, significan los dos una obligación, una promesa "sagrada". El participante promete la veracidad de una declaración, o la sinceridad de un compromiso. Para formular este compromiso, la nación invitante escoge cuidadosamente un deportista ejemplar, un hombre íntegro, un competidor generoso: por ejemplo, en Londres, en 1948, Donald Finlay, participante en tres Juegos Olímpicos; en 1952, en Helsinki, el Dr. Heikki Savolainen, participante en varios Juegos en la modalidad de gimnasia; en 1956, en Melbourne, el antiguo recordman del mundo John Landy; y en 1960, en Roma, Adolfo Consolini, antiguo poseedor también del record del mundo de lanzamiento de disco. En Squaw Valley, en 1960, el juramento fué pronunciado con Carol Heiss, medalla de plata en 1956 y medalla de oro en 1960 en patinaje artístico, habiendo sido ella hasta la fecha la única mujer que haya realizado tal ceremonia.

El juramento olímpico no puede impedir el fraude, pero lo hace mucho más difícil al mismo tiempo que refuerza la consciencia pedagógica que el juramento en sí mismo encierra. De ahí que no se pueda juzgar al deporte por la simple apariencia de sus abusos (Bock); por eso no se puede apreciar el juramento olímpico en función de los que no lo respetan, o no desean guardarlo en su sagrado valor. El Juicio moral incumbe a cada nación bajo la forma de un examen de sí misma; la "promesa olímpica" queda al control de ese "sí mismo" necesario.

"Las victorias olímpicas deben ser victorias puras, sin doping, sin remuneración, sin aumento de gastos; y el que obtiene victorias olímpicas en condiciones falsas ha fraudulento su victoria y, en efecto, es como si no la hubiese obtenido... (Carl Diem).

Ceremonia de homenaje a los vencedores

Igualmente, esta solemnidad se remonta en sus orígenes a los más antiguos tiempos del primer período olímpico. En las olimpiadas griegas, al vencedor de un concurso se les premiaba con una simple y simbólica corona de olivo.

El olivo no existía originariamente en el Valle de Olimpia, siendo Heracles, según la tradición, el que trajo y plantó allí el primer árbol. Otra versión afirma que fue la Pitonisa de Delfos la que anunció a Ifito, el célebre rey de Elida, el envío de la citada especie, encontrán-

dosela aquel envuelta en una tela de araña, en un lugar indicado por la sacerdotisa.

El árbol, de donde se arrancaban las ramas para la confección de las coronas, se llamó Kalistéfanos, en consideración a que crecía en las proximidades del Altar de las Ninfas Kalistéfanas, situado en el ángulo sudoeste del Templo de Zeus. Para coger las ramas necesarias se encaramaba al árbol un muchacho cuyos padres debían de estar en vida, el cual separaba del tronco con un cuchillo de oro tantos brotes de olivo como fuesen necesarios según el número de vencedores olímpicos de aquellos Juegos. Según un texto de Flegón, parece ser que fue el rey Ifito de Elida el que por primera vez estableció la simbólica recompensa y el mesenio Daiclos, vencedor en la carrera del estadio, el primer atleta coronado.

El acto de la proclamación de vencedores y distribución de los premios tenía lugar al día siguiente de la finalización de los Juegos, delante del Templo de Zeus y en medio de un ambiente de gran solemnidad y desbordante emoción. El Heraldo llamaba a los vencedores por sus nombres y por el del país de procedencia. Estos se adelantaban con paso lento y mesurado hasta el estrado en donde se encontraban los Hellanodicas, que con ademán ritual colocaban la corona sobre sus sienes.

Finalizada la ceremonia, sucedía, al denso y religioso silencio en que se desarrollaba, el ensordecedor griterío de la multitud que aclamaba sin cesar a los vencedores, los cuales, montados en un carro tirado por cuatro caballos blancos, se dirigían hacia el Templo de Zeus, en donde depositaban sus coronas al pie de la estatua del dios.

En las modernas olimpiadas, la ceremonia de homenaje a los vencedores subsiste como una de las más emotivas y transcendentales de los Juegos. Pierre de Coubertin prestó particular atención a este acto, habida cuenta de la importancia capital que él le atribuía. Pensó y deseó siempre una ceremonia digna y culminante, juiciosamente concebida. Personalmente, siempre la consideró como "escollo fatal en el que es muy difícil no zozobrar; ceremonia en la que el prestigio está generalmente ausente y en donde la vulgaridad busca siempre la forma de introducirse. De ahí -continúa- que convendrá que maestros de ceremonia especialmente preparados y con la vista siempre al acecho supervisasen los movimientos de cada uno." Todo el acto debía de desarrollarse, según su deseo, en el Estadio Olímpico sometido en su totalidad a una reglamentación uniforme.

Por su parte, los vigentes Estatutos

del C.O.I. establecen que el vencedor debería estar personalmente presente y comparecer al acto en traje de deporte.

El desenvolvimiento de la solemnidad lo detalla escuetamente Carl Diem:

- El sonido de una charanga ordena silencio.
- La voz del locutor anuncia: ceremonia protocolaria olímpica.
- Las competiciones se interrumpen.
- La parte central del estadio se desaloja.
- Los tres finalistas son conducidos a la tribuna de los laureados que tiene tres escaños.
- Dan frente a la tribuna de honor.
- El Presidente del C.O.I., acompañado de un miembro del C.O.I. originario del mismo país que el vencedor, se dirige hacia el pódium de los finalistas.
- El Presidente coloca las medallas que le han sido entregadas por las señoritas de honor.
- Felicitaciones, música, los espectadores se levantan volviéndose todos los asistentes hacia los mástiles de las banderas.
- En el cuadro de los resultados aparecen los registros conseguidos por los finalistas.
- Las banderas de los países de los tres finalistas son izadas.
- Se escucha el himno nacional del vencedor.
- La comunidad, puesta en pie, rinde homenaje a los laureados. Todos se sientan unidos con el vencedor.

Los premios de la época moderna son medallas, distinciones honoríficas sin valor material, como en otro tiempo en Olimpia la simbólica corona de olivo. Cuando en 1924 Coubertin propuso grabar los nombres de los vencedores en los cuadros de honor encontró, una vez más, dudas y oposiciones. "En diversas ocasiones yo había hecho aprobar por el C.O.I. la propuesta de que los nombres de los vencedores fuesen grabados, después de la celebración de cada Olimpiada, sobre planchas de mármol, fijadas a los muros del Estadio, testigo de sus éxitos. Se me objetó que los estadios olímpicos no están asegurados ni mucho menos en su longevidad, pero en caso de demolición ¿no se podrían transportar al Ayuntamiento de la ciudad, en particular las estelas triunfales?. Precisamente, puesto, que la ambición de vencer en estos torneos cuadrinales es la más alta que existe entre la juventud deportiva internacional, convendría asegurarle a ésta el género de recompensa cívica que había concebido y practicado la antigüedad".¹

Sin embargo, sus esfuerzos son continuamente contrariados. El escribe con resignación: "Las prome-

tas retrospectivas que me fueron hechas a la vista de los Juegos de Estocolmo y Amberes no han sido mantenidas, y ni en París ni en Ámsterdam han parecido preocupar. Esto ha constituido una lamentable falta..."¹

En 1936, en el Estadio de Berlín, cinceladores grabaron los nombres de los vencedores en el momento de su triunfo. Posteriormente, el Estatuto Olímpico establece: "Los nombres de los vencedores serán grabados en los muros del estadio en el cual se desarrollen los Juegos".

Aunque la ceremonia propiamente dicha no pueda ser modificada, las naciones invitantes se esfuerzan en descubrir aspectos solemnes particulares. En 1932 se utilizó por primera vez la tribuna de vencedores con tres escaños, novedad que se incluyó después en el ceremonial. En Berlín, en 1936, cada vencedor recibió una corona confeccionada con hojas de encina, así como un pequeño esqueje de este árbol dentro de un recipiente en tierra cocida sobre el que se leía la siguiente grabación: "Recibido en honor de la victoria. Impulsa a nuevas acciones".

El vencedor plantaba frecuentemente la rama simbólica en un lugar particular de la ciudad en donde él vivía. De ahí que exista en Colonia una encina plantada por Toni Merckens, y también otra análoga en la Universidad de Kioto, perteneciente a Tajima, vencedor en triple salto en la Olimpiada de 1936. Ante esta última es ante la que se desarrollan las ceremonias de homenaje a los campeones universitarios japoneses.

Los aros olímpicos

Los cinco aros olímpicos vienen a constituir uno de los símbolos más comunes conocidos y que mejor representan todo lo que a los Juegos se refiere.

En contraposición a la mayoría de símbolos y ceremonias olímpicas actuales, no han tenido un precedente en los primeros Juegos. Por otra parte, el precedente en cuestión sería difícil que pudiera existir, ya que lo que el símbolo que estudiamos representa es, precisamente, la unión de los cinco continentes por el olimpismo y, en Grecia, las Olimpiadas no sólo no tuvieron en la mayor parte de su historia rango internacional, sino que, por el contrario, en sus primeros comienzos, tuvieron un carácter eminentemente localista, restringiéndose, en lo que a participación se refiere, solamente a los habitantes de Elida. El creador de la bandera olímpica con los cinco aros entrelazados fue, como en tantas otras materias con el olimpismo relacionadas, el mismo Pierre de Coubertin. En Agosto de 1913 expuso en la Re-

vista Olímpica su idea sobre una bandera olímpica y la significación simbólica de los cinco anillos entrelazados sobre un fondo blanco: "Cinco anillos regularmente enlazados, cuyos coloridos diferentes —azul, amarillo, negro, verde, rojo— se destacan sobre un fondo blanco. Estos cinco aros representan, de ahora en adelante, las cinco partes del mundo ganadas para la causa olímpica y dispuesta a aceptar fecundas rivalidades. Por otra parte los seis colores así combinados reproducen los de todas las naciones sin excepción. El azul y amarillo de Suecia, el azul y blanco de Grecia, los tricolores francés, inglés, americano, alemán, belga, italiano, húngaro, el amarillo y rojo de España, combinan con las innovaciones brasileñas y australianas, con el viejo Japón y la joven China. He aquí, verdaderamente, un emblema internacional."¹²

La bandera ondeó por primera vez en 1914, con ocasión del VI Congreso en la parisina Sorbona. También en 1919, en Lausana, con ocasión de la conmemoración de los veinticinco años de existencia del C.O.1.. Como símbolo olímpico se utilizó por vez primera en los Juegos Olímpicos de Amberes, para los que Coubertin había hecho confeccionar a sus expensas quinientas unidades.

A partir de 1920 la bandera olímpica se ha incluido dentro de los Estatutos del Comité Olímpico Internacional, que declaran: "En el recinto del estadio, así como en todos los demás recintos olímpicos, la bandera olímpica debe estar mezclada abundantemente con las demás banderas de las naciones participantes. Una bandera olímpica de grandes dimensiones debe ondear durante los Juegos en el mástil central, en donde debe ser izada en el momento de la proclamación de la apertura de los Juegos y de donde debe ser arriada en el momento de la clausura".

La antorcha olímpica

La antorcha olímpica y toda la serie de relevos que la transportan una vez encendida, desde las ruinas de Olimpia hasta el estadio en donde se han de desarrollar los juegos de turno, constituye, junto con los aros olímpicos, los dos signos más significativos y representativos del moderno olimpismo.

La "Carrera del Fuego Sagrado" es la práctica deportivo-litúrgica más antigua en el viejo mundo de los griegos. Las primeras Olimpiadas nacieron, precisamente, como consecuencia de esa práctica.

En la fecha señalada en el canicular mes de Hecatombión, dentro del solsticio de verano, llegaban a Olimpia los peregrinos que habían de adorar a Zeus. Para la elección del privilegiado al que había de

corresponder el honor de encender la llama del gran sacrificio que había de celebrarse en honor del dios, se organizaba una competición pedestre entre los peregrinos más jóvenes y ágiles, los cuales emprendían veloz carrera sobre una distancia de unos doscientos metros (lo que después constituiría la carrera del estadio) hacia el lugar en donde se encontraba el Gran Sacerdote con una antorcha en la mano. Al primero de los concursantes que llegaba hasta él le cabía el honor de encender con la antorcha que se le entregaba la llama del altar. Según opinión de otros autores, los participantes en tan singular concurso iniciaban la carrera cada uno provisto ya de su correspondiente antorcha. En apoyo de esta versión se han encontrado diversos testimonios de dibujos cerámicos que se remontan más allá del siglo V. a.d. J.C. También en diversos juegos griegos antiguos, de los llamados Menores,¹³ se realizaba la carrera de antorchas. En las Panateneas o juegos celebrados en Atenas en honor de su patrona, la diosa Palas Atenen, tenía lugar una carrera de antorchas (lampadodromias) muy similar en su organización y desarrollo al ceremonial de la antorcha de nuestros actuales Juegos.

El concurso tenía lugar sobre el camino que iba de Atenas a los jardines de la Academia. El punto de partida era la muralla de la ciudad, y la meta el altar de Prometeo. Tomaban parte cinco equipos de cuarenta corredores, o sea doscientos en total, que se escalonaban en cinco hileras, siendo la distancia que separaba a cada corredor de su compañero de veinticinco metros aproximadamente. Dada la señal, salía el primero de cada equipo con la antorcha en la mano y a toda velocidad recorría la distancia que le separaba de su compañero inmediato; éste, que la esperaba preparado, cogía la antorcha y corría a su vez hacia el siguiente y así hasta el último. La transmisión de la antorcha se realizaba, pues, treinta y nueve veces. El premio correspondía al equipo cuya antorcha lograba encender el ara del altar levantado en la meta.¹⁴ La principal diferencia que existe entre estas competiciones de carreras con antorchas que se celebraban en la antigüedad y nuestro ceremonial actual de la Antorcha Olímpica, radica en que en aquellas el concurso tenía un carácter litúrgico-agonal, mientras que en nuestros tiempos solamente se la puede considerar como una ceremonia solemne y conmemorativa en la que está ausente por completo la idea de competición.

Carl Diem ha sido el introductor de la Ceremonia de la Antorcha en las modernas olimpiadas. Ello tuvo lu-

gar con ocasión de los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936.

Diem estudió sobre el suelo de Olimpia, junto con el griego Ketseas, los pormenores a que el acto había de limitarse. Para ello utilizaron un espejo metálico que, polarizando los rayos solares sobre un carburante líquido contenido en una cratera, hacía brotar la llama. A continuación, la cratera conteniendo este primer fuego era llevada desde el Estadio Antiguo —lugar en donde se prendía— hasta las ruinas del Templo de Hera, en las que esperaba la que desempeñaba el papel de Gran Sacerdotisa del Altar de Hestia, junto con su acompañamiento de vestales. La Gran Sacerdotisa, con ademán ritual y solemne, prendía en el fuego la primera antorcha que confiaba, a su vez, al primer atleta de la diversa serie de relevos que se organizaban para llevar la llama hasta el Estadio de Berlín.

Desde aquella memorable Olimpiada, el ceremonial de la Antorcha ha adquirido carácter de institución principal dentro de las que se organizan con ocasión de los Juegos. La llegada del portador de la antorcha al Estadio Olímpico, el día de la ceremonia de apertura, es un momento culminante. Desde lejos, se escuchan rumores, gritos, que se van aproximando paulatinamente. El atleta, al fin, gana las cercanías del Estadio, pasa por la entrada de los Maratonianos, da la vuelta de honor, sube los escalones, saluda todavía una vez con su antorcha y prende a continuación, solemneamente, la llama en el gran vaso.¹⁵ Diem proyectó la adaptación del ceremonial de la antorcha a las diversas peculiaridades que cada caso requería.

La suelta de palomas y el himno olímpico

Las palomas han simbolizado y simbolizan la paz. Los miles que se sueltan con ocasión de los juegos vienen a señalar, con sus vuelos circulares sobre las pistas de ceniza, que el gran período de tregua ha comenzado y, en él y durante él, los hombres pueden dedicarse a las grandes batallas de la paz: las Olimpiadas.

Un antecedente remoto de este período pacificador que con la gran suelta de palomas parece comenzar, lo constituye, en el viejo mundo olímpico de los griegos, la institución de la Ekecheria o Tregua Sagrada. Venía a constituir una especie de pacto internacional por el cual, una vez proclamado por los Espondrofos (Mensajeros Olímpicos) el comienzo del período de los Juegos, las guerras cesaban y los beligerantes regresaban a sus ciudades para prepararse debidamente, con miras a la gran fiesta olímpica que iba a comenzar. Los grie-

gos guardaron con religioso respeto las disposiciones de la Tregua, hasta tal punto que solamente se tiene noticia de una ocasión en que aquella fuese violada, excepción sin importancia habida cuenta del largo período de vigencia que mantuvieron las antiguas Olimpiadas (once siglos).

El himno olímpico también constituye un acto ceremonial moderno. Compuesto por el griego Palamas con música de su compatriota Samara, fue tocado y cantado por primera vez en la Olimpiada de Atenas de 1896, con la que se inician las de la época moderna.

Ceremonias de apertura y clausura

Las primeras Olimpiadas, en su apertura, desarrollo y clausura, estaban impregnadas, como ya hemos dicho, de un profundo sentido religioso. De ahí que, previo a su comienzo, los atletas se dedicasen a orar y hacer sacrificios a los dioses, y después de su clausura les honrasen igualmente con actos religiosos en los que les expresaban su agradecimiento por los favores concedidos a lo largo de los cinco días • que duraban los Juegos. El único acto profano que se añadía a la clausura era el gran banquete con el que los habitantes de Elida agasajaban a sus huéspedes olímpicos.

En nuestros tiempos, las ceremonias a que nos hemos referido fueron estudiadas cuidadosamente por Pierre de Coubertin. "En sus apreciaciones sobre ellas es en donde se ve —dice Carl Diem— el gran temperamento de artista que aquel poseía".

Coubertin dio múltiples indicaciones sobre los intermedios musicales que debían acompañar a estas ceremonias. La fórmula del juramento, en su opinión, debía estar combinada con el *Aléluya* de Händel, abogando por la introducción de la *IX Sinfonía* (Coral) de Beethoven, para él "la Sinfonía Olímpica por excelencia".

Cuando Carl Diem fue designado en 1913 Secretario General de la VI Olimpiada, prevista para 1916, Coubertin le envió sus felicitaciones, reiterándole su deseo de que la IX Sinfonía fuese incluida en la Ceremonia de Apertura. Al fin, en 1936, Coubertin escuchó emocionado en la lejanía el *Himno de la Alegría* de Schiller y los coros de Beethoven que cerraban solemneamente la sesión inaugural de aquella memorable XI Olimpiada.

A petición de Lewald, Ricardo Es-traus compuso un Himno Olímpico vuelto a tocar en Innsbruck, en 1964. En Tokio, la entrada de la pareja imperial japonesa fue acompañada por música electrónica, "de acuerdo con los deseos del maestro de ceremonias de la Ceremonia de apertura".

Estos cambios en lo accidental no afectan en lo más mínimo a la esencia misma de los actos, ya que en lo fundamental esa esencia es de naturaleza dinámica, adaptable a las necesidades y situaciones que cada momento demanda. Lo que fue largamente pensado y meditado por Coubertin fue la posibilidad de introducir en el acto inaugural alguna ceremonia religiosa. Los pros y contras de esta innovación los expone en sus Memorias Olímpicas: "Haciendo preceder a los Juegos, como en Estocolmo, al comienzo de los concursos, un culto público forzaremos a participar en él a atletas, ya hombres hechos, a los que esto podría desagradar. Sin embargo, invitándoles fuera de los Juegos a una ceremonia en una iglesia, no hacemos más que asociar la religión, como todas las otras grandes fuerzas morales humanas, a la celebración de los Juegos Olímpicos. Es más, será preciso que la ceremonia sea suficientemente neutra, de manera que pueda elevarse por encima de todas las confesiones. Nada de misa, nada de intervención sacerdotal en el altar: *el De Profundis*, himno de recuerdo en memoria de todos los desaparecidos en los cuatro últimos años, y el *Te Deum*, himno de alegría y de esperanza; himnos laicos podríamos llamarlos, que se prestan a bellas interpretaciones musicales. A ellos podría añadirse una alocución prevista, que fuese libremente pensada."¹⁶

Ceremonia de apertura

- El Jefe del Estado es recibido a la entrada del Estadio por el Presidente del C.O.I., y es conducido hacia la tribuna de honor, en donde se le presentan los miembros del C.O.I., de los Comités Olímpicos Nacionales y del Comité Organizador.
- Se toca el himno nacional.
- Desfile de atletas, Grecia en cabeza y al final la nación invitante. Delante de cada delegación se lleva una pancarta indicando el nombre del país acompañado de la bandera nacional, por orden alfabético.
- Todos los participantes se colocan dando cara a la tribuna de honor, en la zona de césped, detrás de la pancarta con el nombre de su país y la bandera.
- El C.O.I. y el Comité Organizador se colocan en semicírculo delante de la tribuna de honor. El Presidente del C.O.I. ruega al Jefe del Estado que proceda a la apertura de los Juegos.
- El Jefe del Estado pronuncia las siguientes palabras: "Yo proclamo la apertura de los Juegos Olímpicos de , celebrando así la Olimpiada de la era moderna".
- Desde la torre de maratón, los coros anuncian el mensaje a todos

los lugares circundantes. Palomas mensajeras adornadas con banderolas de los colores nacionales de las naciones participantes son soltadas por millares, para transmitir la buena nueva a los países alejados.

- Estallan salvas de artillería mientras que la bandera olímpica con los cinco aros entrelazados es izada en el gran mástil del Estadio Olímpico.
- Suena el himno olímpico.
- El atleta portador de la antorcha aparece por la puerta de maratón y prende la gran llama olímpica.
- Se presta el juramento olímpico.
- Los coros cantan; los participantes comienzan a salir.

Ceremonia de clausura

Al finalizar el último concurso, el Presidente del C.O.I. pronuncia las siguientes palabras desde el puesto de honor:

"En nombre del. Comité Olímpico Internacional, hago presente nuestra más honda gratitud a... y al pueblo de... (nombres del monarca o jefe del Estado y del país), a las autoridades de la ciudad de... (nombre de la ciudad) y al Comité Organizador de los Juegos. Doy las gracias a los concursantes, a los miembros del personal oficial, a los espectadores, a los medios informativos y a todos cuantos han contribuido al éxito de estos Juegos. Declaro clausurados los Juegos de la... Olimpiada (o bien: los... Juegos Olímpicos de Invierno); y siguiendo la tradición, invito a la juventud de todos los países a congregarse, de aquí a cuatro años, en... (si todavía no se ha designado la ciudad, el nombre de la misma será reemplazado por estas palabras: el lugar que será designado) para celebrar allí con nosotros los Juegos de la... Olimpiada (o bien: los... Juegos Olímpicos de Invierno)."

- Suenan las trompetas; la bandera olímpica es arriada del mástil central, saludada por cinco cañonazos.
- Los coros cantan.
- Al mismo tiempo, en la tribuna de honor, el presidente del C.O.I. entrega al alcalde de la ciudad la bandera olímpica que será conservada en el Ayuntamiento de la ciudad hasta la siguiente olimpiada.
- Desfile de salida de los atletas que abandonan el estadio.

A partir de la clausura de los Juegos de 1956 los atletas no salieron del estadio agrupados por naciones, sino por primera vez en grupos mixtos. Avery Brundage, entonces presidente del C.O.I., quedó particularmente sorprendido por este hecho. "Estoy emocionado - manifesté- La juventud del mundo marcha en un solo grupo. Un acto espontáneo. Un símbolo olímpico. Y nosotros tenemos necesidad de símbolos olímpicos..."

Conclusión

Las ceremonias olímpicas son el

ropaje evocador y festivo con el que los Juegos Olímpicos se adornan en sus ediciones cuatrienales. Son las formas solemnes y profundas que elevan su categoría agonística por encima de cualquier otra manifestación competitiva de cualquier rango. Son, en definitiva, la contribución determinante que hace que las Olimpiadas sean hoy día los acontecimientos sociológicos mundiales más poderosos. Con ellas y por ellas, los Juegos adquieren un carácter de "fiesta" universal que los caracteriza y en el que la pura y sana idea del juego campea y se palpa dentro del marco serio y metódico de sus concursos.

El mundo actual y los Juegos Olímpicos como una de sus más importantes manifestaciones, necesitan de la espiritualidad que los símbolos y las ceremonias proporcionan, como eficaz elemento de lucha contra el materialismo y la vulgaridad crecientes.

Quiero concluir recordando las célebres palabras de Carl Diem pronunciadas en 1956: "Las ceremonias olímpicas -decía-constituyen la base creadora sobre la cual el olimpismo se desarrolla como tal vida espiritual que es. Creemos en el porvenir de los Juegos Olímpicos como creemos en el porvenir de la Humanidad, pues en ambos, tanto lo grandioso, lo general, lo durable, como lo solemne, al transformarse en intrascendente, viene a originar un problema degenerativo que el hombre debe resolver. Los Juegos Olímpicos deben dirigirse contra la monotonía, el embrutecimiento y el mercantilismo del deporte. Los adversarios crecerán, los abusos rugirán en el cielo de los deportes, pero contra ellos debemos luchar y oponernos. Esto constituirá el elemento esencial permanente de los Juegos, la verdadera justificación de su existencia y la corona siempre fresca y renovada recompensando su victoria".